

SERMON.

EL PECADOR HALLA SIEMPRE ACOGIDA

EN LA MISERICORDIA DE DIOS.

PARA EL MÁRTES DESPUES DE LA DOMINICA

DE PASION (1).

(DE GONZÁLEZ.)

Tempus vestrum semper est paratum.

Vuestro tiempo siempre está preparado.

S. Juan, c. 7. v. 6.

Va á terminarse, cristianos, la obra mas portentosa, la ménos esperada, la mas increíble del amor y de la misericordia de Dios para con el hombre pecador. Ya llega el tiempo en que el Unigénito del eterno Padre padece voluntariamente la muerte afrentosa de cruz, por merecerle la preciosa vida de la gracia y abrirle la entrada de la gloria. Dejemos á los carnales judíos que se escandalicen; despreciemos á los necios gentiles que lo atribuyan á locura; no atendamos á los soberbios herejes que lo juzgan imposible despues de verificado; y entreguémonos nosotros á las dulces emociones del mas extraordinario júbilo por este fausto acontecimiento, procurando asegurar nuestra fe, animar la esperanza y encender la caridad. Dios muere para que vivamos nosotros! Qué consuelo no debe inspirarnos esta sola idea! Los males todos que lleva en pos de sí el funesto

(1) Para este dia hay otro sermon en la pág. 261 del tomo primero de los de *Mision*, y sobre el mismo asunto se ha puesto uno en la pág. 493 del tomo tercero.

pecado, todos sin excepcion van á desaparecer, porque va á perdonarse, á borrarse completamente el pecado en nuestras almas. Vamos á romper las duras cadenas que nos aprisionan, á salir del cruel cautiverio que nos oprime, á librarnos de los inminentes peligros que nos cercan, á hermosear de nuevo nuestras almas con la bella imágen de nuestro Criador, á recobrar el derecho á la herencia de los hijos de Dios; á ser compañeros de los santos, hermanos de los ángeles, templos del Espíritu santo... Qué mas? ya no nos asustará la muerte, no nos causará horror el juicio, no temeremos el infierno, no sentiremos la amargura de las calamidades, gozaremos las inagotables delicias de la virtud, caminaremos sin obstáculo por la senda de la verdadera inmortalidad.

¡Qué inexplicable regocijo experimenta mi alma al anunciar tantos bienes! Animáos, pecadores, que nada os faltará; nada echaréis ménos en la nueva vida que vais á emprender. Ambiciosos, vais á ser colocados en un trono infinitamente superior al de todos los emperadores de la tierra: glotonos, vais á gustar los manjares mas delicados, los mas exquisitos, unos manjares que nunca pueden llegar á fastidiaros: voluptuosos, vais á disfrutar con la mas dulce libertad unos deleites tan puros, tan sólidos, tan deliciosos, que en su comparacion son despreciables todos cuantos os podéis figurar vosotros: avarientos, vais á ver colmados vuestros deseos; vais á ser dueños de unos tesoros inmensos, seguros, verdaderos, unos tesoros que os pondrán á cubierto de todas las miserias, unos tesoros que os hagan verdaderamente felices: pecadores, vais á caminar por la senda que conduce á la posesion de ese bien, tras cuya sombra habéis corrido ansiosos sin jamas haberla podido alcanzar.

Con efecto, señores, segura es nuestra dicha: á tiempo estamos de verificar este delicioso cambio de suertes. Pero es preciso resolverse; si queremos, en el instante lo conseguimos: toda la dificultad consiste en querer. Ni la multitud enorme, ni la horrorosa deformidad, ni la extremada malicia de nuestros crímenes; nada es capaz de impedirlo. Nuestro Salvador nos lo promete, asegurando que aún estamos á tiempo: *tempus vestrum semper est paratum.*

En la manifestacion de esta verdad me ocuparé al presente,

procurando excitar en vosotros una confianza prudente y cristiana en la divina misericordia; pero exhortándoos al propio tiempo á que no dilatéis vuestra conversión, pues aunque esta puede verificarse en cualquier tiempo de la vida, es muy incierto el momento de la muerte. El Señor se digne dispensarme sus soberanos auxilios para conseguir los frutos que deseo. Así lo suplico por la mediación de su amantísima Madre y abogada nuestra. *Ave María.*

El demonio que nos incita al pecado, poniéndonoslo todo expedito, nos desanima despues con lo terrible de la divina justicia. Has ofendido, le dice al pecador, á un Dios infinitamente justo, infinitamente celoso de su honra; has perdido su gracia y amistad; has incurrido en su indignación; ¿qué esperas en ese caso de su bondad? Despues de haberle injuriado tan continua y descaradamente, ¿cómo puedes esperar te franquee sus soberanos auxilios, sin los cuales de nada sirven todos los esfuerzos de los hombres y de toda la naturaleza? De este modo procura el enemigo conducirnos á una funesta desesperación. Traidor! no se expresaba así cuando halagaba nuestra pasión.

Sin embargo nosotros sabemos que es tan infinita la misericordia de Dios como su justicia; sabemos que desea nuestra felicidad con mucha mas intensión que nosotros mismos. Aborrece el pecado, es verdad; pero tambien lo es que no puede olvidar, que el pecador es hechura de su mano omnipotente, que es un soplo de su divina boca, que es una porción, digámoslo así, de su mismo ser. ¿Llegará una tierna madre á olvidar al hijo que llevó en su seno, aunque sea desobediente y perverso? pues aunque esto pudiera suceder, nos dice Dios por el profeta Isaías (1), nunca sucederá que yo me olvide de vosotros. Aborrece el pecado; mas apenas el primer hombre se sujetó á la vergonzosa esclavitud de la culpa, le ofreció el Señor el medio mas seguro y eficaz de romper sus cadenas y volver al delicioso estado de que habia caído; y aunque siempre le habia amado, pero nunca le manifestó su amor con señales tan mar-

(1) *Isai. c. 49. v. 15.*

cadadas y excesivas como despues del pecado. En el estado de su inocencia le hizo dueño de los peces, de las aves, de los reptiles, de todos los animales, de todo lo que alcanzaba su vista; pero todo era obra de las manos de Dios; todas estas cosas eran criaturas: despues del pecado le promete, y en efecto le hace donación de su mismo Hijo, de su Hijo único, de aquel Hijo, que era el resplandor de su gloria, la imágen de su divinidad, una misma sustancia, un mismo Dios con el Padre: le da su Hijo, para que sea perseguido, atormentado, crucificado y muerto, por franquear el camino de la salud al hombre pecador.

Qué es esto, Dios mio! de dónde tanta misericordia? ¿Quién es capaz de medir la infinidad de vuestro amor al hombre, por mas que él os aborrezca? Y aún desconfiaremos de vuestras bondades?

La Iglesia santa, poseída de la mas justa gratitud, como que sale fuera de sí de alegría, y en vez de aborrecer, detestar y maldecir el pecado, lo celebra, por el contrario, lo aclama y felicita: *dichosa culpa*, dice con un santo entusiasmo, *dichosa culpa que ha merecido tan grande, tan benéfico, tan misericordioso, tan divino Redentor!* ¡Verdaderamente feliz el pecado que ha sido redimido con la muerte del mismo Dios, á quien ofendia! Y ¿temeremos nosotros que nuestros crímenes hayan agotado este inmenso raudal de las divinas misericordias? ¿Juzgaremos que ya no es tiempo de recuperar lo que hace tanto perdimos? Por mas que hayamos estado sumergidos en el abismo de los vicios mas abominables desde que empezámos á usar de la razón, aunque hayan estos penetrado hasta la medula de nuestros huesos, aunque tengan á nuestra alma mas fea y horrible que los condenados del infierno, *tempus semper est paratum*, no importa; en el instante en que nos convirtamos á Dios recobremos por su gracia toda la belleza y felicidad que habíamos perdido; nuestra alma quedará mas blanca que la nieve, mas resplandeciente que los astros, mas hermosa que los cielos. Sus iras, su furor, su indignación, todo se apaga enteramente al vernos arrepentidos. Mas aún; á pesar de su ciencia infinita y de su incomprensible eternidad, nos dice por el profeta Ezequiel (1), que si el pecador se arrepiente de sus peca-

(1) *Ezech. c. 18 v. 21 et 22.*

dos, los borraré de su memoria, de suerte que jamas volverá á acordarse de ellos.

El hombre miserable, esclavo vil de sus pasiones, especialmente de la soberbia, origen de su perdicion; y tambien por un efecto de las infernales sugestiones de Lucifer, se resiste á creer que llegue á tal extremo la bondad de Dios; pero este Señor, movido de su infinita misericordia y conociendo que la fe de este atributo de su divinidad es el medio mas eficaz de librar al pecador de sus culpas, añadió el mas solemne juramento, para desvanecer cualquier duda que pudiera ocurrirnos y dejar nuestras almas llenas del mas dulce consuelo. *Por mi misma vida os juro*, nos dice (1), *que no quiero la muerte ni la condenacion del pecador; lo que de veras deseo, solicito y anhelo es su conversion*, para poderle dar la vida eterna y bienaventurada.

Si tan repetidas promesas, si tan solemnes juramentos no acaban de convenceros, recurríd, os diré con san Juan Crisóstomo, recurríd á la experiencia: lo mismo que sucedió á los primeros padres, ha sucedido á los demas pecadores. David, abusando de la autoridad real que Dios le habia confiado tan graciosamente, quita á un tiempo á Urías la mujer, el honor y la vida; pecados tanto mas graves cuanto mayores beneficios le habia dispensado el Señor. Sin embargo cuando él quiso, en el tiempo que reconocido llegó á exclamar, *peccavi*, el Señor le acogió con la mayor benignidad, le concedió un perdon completo, y aún se lo manifestó por un profeta para librarle del temor é incertidumbre. Tantos y tan terribles fueron los crímenes del impío Acab que no tuvieron semejantes, segun nos dice el mismo Dios (2); y este Señor, cuya paciencia es infinita, cansado ya de sufrirle, determina por último imponerle un castigo que sirva de ejemplar y escarmiento en todos tiempos y naciones; pero Acab, noticioso por el profeta Elías (3), se resuelve á cambiar de vida, aprovecha aquel momento que le parece mas oportuno, y obliga á Dios á revocar la sentencia. Manases, como si se hubiera propuesto provocar la ira de Dios, oponiéndose abiertamente á sus órdenes, solo por ser suyas, introduciendo en el templo santo los ídolos mas abominables, obligando á toda la nacion á dejar el culto del verdadero Dios,

(1) *Ezech. c. 33. v. 11.* (2) *III. Reg. c. 21. v. 25.* (3) *Ibid. v. 27. et 29.*

derramando injustamente y con la mayor abundancia la sangre de los inocentes; Manases, enemigo declarado de Dios, le hace de intento la guerra mas impía y obstinada. El Señor determina ya por tan horrendos crímenes descargar sobre él y sobre todos sus vasallos el pesado brazo de su justicia; y los entrega á los asirios sus enemigos, quienes luego llevan al impío rey sin honor, sin libertad, sin reino, cargado de cadenas, sujeto á una penosa esclavitud y amenazado de una muerte cruelísima. Quién no ve aquí los efectos de la ira del Señor? ¿quién no se persuadirá á que es llegado el tiempo de la perdicion de Manases? Sin embargo aún está á tiempo; si se reconoce, llora sus abominaciones, pide con lágrimas el perdon, aún está á tiempo de conseguirlo. Así lo hace con efecto, movido de la desgracia, y en el momento es perdonado, restituído á su reino y á la gracia de su Dios, convertido en un rey justo, religioso, en un verdadero penitente y amigo de la virtud. Los ninivitas...

Pero, qué! ¿me detendré á referir la historia de los patriarcas, de los profetas, de los jueces, de los reyes y capitanes del pueblo de Dios, para evidenciar con hechos no interrumpidos, que el hombre está siempre á tiempo de convertirse y recobrar el derecho á la bienaventuranza? ¿Trataré de imitar á David cantando eternamente las misericordias de Dios? Esto ni seria posible ni lo juzgo necesario.

Por otra parte, como pudiera parecer á alguno que nada tiene de particular el que Dios fuera misericordioso en la ley antigua, porque no le costaba sino querer; para responder, digo, á esta objecion, quiero presentaros hechos de otra especie, que no os dejen la menor duda. Llegad con la consideracion á Nazaret; entrad en la dichosa mansion de los santos ancianos Joaquin y Ana; penetrad hasta el retiro de María; oíd al mensajero de los cielos... Pero ¿dónde tenemos oídos para percibir, ni razon para comprender tan profundo misterio? Arcángel santo, ¿no te admiras, no te llenas de espanto, al ver tan abatida la majestad suprema de tu criador? ¿No se apodera de ti una santa envidia que te impida dar fin á tu comision, al considerar que Dios se hace hombre? ¿Puedes creer, á pesar de estarlo tú anunciando, que Dios se cubre de todas las miserias de la naturaleza humana, con lo que va á desaparecer su majes-

tad, su gloria, su grandeza, su poder, su inmensidad, su... puedes persuadirte tú mismo de todo esto?

Dejemos á este nuncio que termine su mision, y pasemos á Belen guiados, como los Magos, de la nueva estrella: miremos al tierno Hijo de María desnudo, sin mas abrigo que un establo que le ofrece la caridad, sin otra cama que un pesebre, sin otra compañía que unos brutos, sin mas auxilio que la compasion de los pastores: qué es lo que allí se ofreció á nuestra vista? qué es lo que con tan dulces himnos celebran los ángeles gloriosos? qué es lo que con tanto resplandor anuncia la estrella? qué es lo que vienen á buscar los reyes del oriente? á quién adoran los piadosos pastores? Un niño... Pero ¿es posible que este recién nacido sea hijo del eterno Padre? Ni ¿qué objeto podría tener tanta humillacion, tanta bajeza, tanto anonadamiento? ¿Qué fin habia de proponerse...? Oigámoslo al mismo Dios. Apenas se manifiesta á los pueblos, cuando nos saca de tanta admiracion diciendo (1): *yo no he venido en busca de justos sino de pecadores*: la miseria del pecador ha conmovido las entrañas de mi misericordia, y viendo que es incapaz de satisfacer por sí mismo á mi divina justicia, de recobrar mi amor, mi gracia y el derecho á mi gloria, me resuelvo á sacarle de tan lastimoso estado. Yo quiero dar á mi eterno Padre la satisfaccion que él no puede dar; yo quiero cargar con la culpa que él ha cometido; yo me obligo á pagar la pena que él debe; yo quiero padecer para librarle de los eternos tormentos que le esperan; yo quiero morir, porque viva él eternamente; este es el objeto de mi venida al mundo.

Hé aquí, cristianos pecadores, el fundamento mas sólido de vuestra esperanza; este es el testimonio mas evidente de una misericordia mil veces, mil millones de veces, infinitamente superior á la malicia de todas las criaturas; infinitamente mayor que los pecados juntos de todos los hombres y de los mismos demonios. Y teniendo un fiador de esta especie, un fiador omnipotente, y empeñado en redimir y salvar á toda la descendencia de Adán, ¿quién, digo, dudará, quién podrá desconfiar de que se le ha de conceder el perdon mas cumplido de sus culpas en cualquier tiempo que lo solicite?

(1) *Matth. c. 9. v. 13.*

Para reanimar mas vuestra esperanza, quiero hacerlos observar que nuestro Redentor es tambien infinitamente santo, y que su virtud y santidad no es melindrosa como la de los hipócritas. No se desdeña de hablar, familiarizarse y comer con los mas famosos pecadores; al contrario le ocupa siempre la idea de buscarlos, para reponerlos en la felicidad que habian perdido. No se dignará responder una sola palabra á las preguntas de Heródes; pero se detendrá á conversar muy despacio con una Samaritana, con una Magdalena, personas que dan muestras fundadas de aspirar á la virtud: su intento, su único deseo es buscar al pecador, seguirle, estar siempre á su lado, y poder perdonarle, cuando él se lo pida.

Cuando leo en el Evangelio, que aquel amoroso padre que tantas lágrimas habia derramado por la ausencia de su rebelde é ingrato hijo, sale fuera de sí al verle volver á su casa; corre presuroso á recibirle, sin que le detenga su edad avanzada; le estrecha entre sus trémulos brazos, sin reparar en lo andrajoso del vestido; estampa mil besos de amor en sus mejillas, sin advertir el hedor intolerable que despedia su cuerpo; olvida todos sus delitos, sin darle lugar á que le pida perdon de ellos, como lo tenia él pensado; alborota toda la casa, haciéndose vestir las mejores ropas y adornar con los anillos y joyas de mas valor; convida á todos los parientes; manda matar el becerro mas gordo, buscar los músicos de mas habilidad y celebrar la fiesta mas solemne, en demostracion de que nunca en su vida ha sentido un regocijo tan puro y extraordinario como ahora que acaba de recobrar al hijo que habia perdido; cuando leo este pasaje en la Historia sagrada, me parece ver retratado en él á nuestro amoroso Redentor, en el acto de volver á su gracia un alma que se habia extraviado por el camino de la perdicion. Oh! en tan delicioso momento recibe una alegría tan inmensa, un regocijo tan puro que excede todo encarecimiento. Entónces le son dulces y deliciosos los dolores, las afrentas, las ignominias y la muerte; entónces ve reunida la preciosa sangre que derramó por todo el género humano; entónces se cumple aquel intenso y eficaz deseo que le hizo descender desde el elevado trono de su grandeza hasta el oscuro lugar de la tierra, hasta este triste valle de miserias y lágrimas; entónces olvida que aquella alma fué pecadora; borra de su memoria para siempre

todos sus extravíos; cuanto descubre en ella, todo le agrada, todo le excita el amor mas intenso.

No extrañéis, cristianos, mis expresiones; todas ellas son tomadas el pie de la letra de la Escritura santa: todas ellas están comprobadas con hechos numerosos é incontestables. En el momento que Pedro reconocido detesta su pecado; en el momento en que contrito el buen ladrón le ruega al Salvador que le tenga presente; en el momento en que arrepentida la Magdalena le busca en casa del fariseo y se arroja llorosa á sus piés publicando sus culpas; en el momento en que postrado en tierra Saulo dice: qué exigís, Señor, de mí? en el momento mismo sin esperar á mas, les concedió el perdón mas amplio de todas sus culpas; en aquel mismo momento... Pero ¿qué puede decirse de estas conversiones que no suceda en todas las demas? Apenas el pecador desengañado se vuelve á Dios, y se declara en favor de la virtud, se verifica en el amantísimo y misericordiosísimo corazón del Hombre-Dios el cambio mas glorioso. Su alegría es tal que, para celebrar aquel acontecimiento, quisiera consumir toda la infinidad de sus tesoros. Todo le parece poco para regalar, para embellecer, para glorificar aquella alma, cuyo amor le ha costado tantos sudores y fatigas, tantas lágrimas y penas. Los cielos resuenan por todas partes con los mas dulces y armoniosos himnos; los ángeles á competencia se empeñan en celebrar con las mas expresivas demostraciones su inmenso júbilo; los demas bienaventurados, poseídos de la misma alegría, le dan humildes el parabien, le bendicen, le alaban, le tributan el sacrificio de acción de gracias; y aquel padre amorosísimo embriagado de placer, no acierta á manifestarlo, y solo dice, repitiéndolo sin cesar: alegráos todos; participad en el modo posible de las inmensas delicias que inundan mi alma; celebrad mi contento y mi felicidad: sabed que ha vuelto mi hijo, mi amado hijo, el hijo de mi corazón, aquel hijo que hace tanto tiempo abandonó mi casa, aquel hijo predilecto, que yo he llorado tantas veces, por parecerme irreparable su pérdida.

Nada mas halagüeño que recordar estas felices expresiones. Pero, ay! ay! que nosotros ciegos y obstinados, como que formamos empeño en impedir que salgan de los labios de Jesucristo! ¡Nosotros desesperando de sus infinitas misericordias,

ó confiando en ellas demasiado, tratamos de inutilizar el copioso fruto del árbol de la cruz! Y por qué ha de ser así? Qué motivos tenemos para conducirnos de este modo? Por qué desconfiamos de la hondad de Dios? ¿Os parece poco lo que acabo de deciros, para afirmar vuestra esperanza? ¿Es posible que no lleguéis á persuadiros de que Dios solo espera vuestra resolución para perdonaros? No os mueven á creerlo los ejemplos de Adán, de David, de Acab, de Manases, de la Samaritana, de la Magdalena, de san Pedro, del buen ladrón, de Saulo...? ¿Os parecen cortas las demostraciones de afecto que nos da el Hombre-Dios en su encarnación? Qué os detiene pues? quién es capaz de impedir vuestra felicidad? quién retarda vuestra conversión? la muchedumbre de vuestros pecados? Tal vez no igualarán á los de estos insignes pecadores; y aunque fueran infinitos, todavía no serian tan poderosos como las gracias merecidas con la muerte de Jesucristo. La justicia inexorable de Dios? También lo era para ellos; pero tambien es infinita su misericordia. El largo tiempo que habéis continuado en vuestros desórdenes? Al buen ladrón solo le restaban algunos momentos de vida, y los aprovechó para salvarse. No hay lugar á la menor disculpa. Á pesar de conocer el Señor perfectamente el infeliz estado de vuestras almas; no obstante el odio que profesa al pecado, ved cuán amoroso extiende sus brazos para estrecharos en su seno: aunque sabe que le dejáis por su enemigo, ved cómo levanta su mano poderosa para daros su bendición. Llegad, llegad á él, pecadores; llegad, que este es el tiempo: *Tempus vestrum semper est paratum*: siempre tenéis tiempo, pero este es el mas oportuno; esta es la hora en que van á abrirse para vosotros las puertas de la salud; este es el tiempo en que se van á romper las duras cadenas de vuestra opresión; este es el tiempo en que vais á sacudir el yugo tiránico de Satanás; este es el felicísimo momento, en que va á correr para vosotros la sangre preciosa del Cordero inmaculado.

Llegad, pecadores; llegad á cogerla, para que sean rociadas con ella vuestras almas. Llegad todos, hombres y mujeres, ricos y pobres, ancianos y niños, llegad: aquí tenéis un Dios que os espera con impaciencia, que os llama con amor, que os perdona con liberalidad. Llegad, que aquí tenéis la satisfacción por todos los hombres, y Dios queda plenamente satisfecho: llegad; que aquí está la hostia ofrecida por nuestra redención,

y quedaréis completamente redimidos : llegád ; que aquí está un Dios muerto por nuestro amor, y viviréis eternamente : llegád ; no abuséis de ese tiempo que se os concede, porque ¿quién sabe si este será el último de vuestra vida? Llegád, y hacéd vuestros los méritos, vuestras las virtudes, vuestra la pasión, vuestra la sangre, vuestra la gloria del mismo Dios : todo es vuestro en el momento en que os decidáis. Llegád á aprovechar este momento, del que tal vez pende vuestra eterna felicidad, que á todos deseo. Amen.

DISCURSO.

NECESIDAD DE NO MALOGRAR EL TIEMPO, Y DE PENSAR EN EL NEGOCIO DE LA SALVACION.

PARA EL MÁRTES DESPUES DE LA DOMINICA
DE PASION.

(DE TRONCOSO.)

Tempus meum nondum advenit ; tempus autem vestrum semper est paratum.

Mi tiempo no ha llegado todavía : el vuestro siempre está á punto.

S. Juan, c. 7. v. 6.

¡Cuán rápidamente pasa la vida del hombre sobre la tierra ! Cual meteoro fugaz, cual vana sombra que no deja tras sí el mas leve vestigio de su rápido curso, así es, dice Job, nuestra existencia en este mundo. Breves son y llenos de miserias nuestros dias ; apénas nacemos, cuando ya marchitos, como la flor del campo, somos arrojados entre la podredumbre del sepulcro. ¡Y si este fuese el último término del hombre, si nada tuviese que temer, nada que esperar mas allá de la tumba!... Pero no ; un porvenir, eternamente feliz ó desgraciado para siempre, nos está reservado al fin de nuestra carrera : un Dios justo, un juez inexorable, un tribunal severo, cuya sentencia debe decidir de nuestra suerte por toda una eternidad. ¡Oh, qué serie de reflexiones tan profundas, amados míos, se desprende de esta verdad católica ! Imposible parece de todo punto que el hombre pueda permanecer tan insensible y apático á lo que debiera formar el asunto de una meditacion continua y jamas interrumpida. El sol que desaparece diariamente de nuestro